

maldades de toda especie; aun cuando no puedan ruborizar por su origen ni por su acrecentamiento, no por eso dejan de ser con frecuencia el alimento del fausto y de la voluptuosidad (1), y con demasiada frecuencia también un instrumento de tiranía y de opresión» (2). Hay, por otra parte, injusticia en la propensión que tenemos á mirarnos como dueños absolutos é independientes de nuestras riquezas, cuando, como ya hemos visto, Dios no nos ha confiado más que la administración. Y, sin embargo, tal es la bondad de Dios, que no sólo nos permite, sino que nos exhorta y hasta nos obliga á proporcionarnos amigos con esas riquezas, que casi siempre tienen algún vicio de injusticia, ó en su origen, ó en su gestión, ó en su uso. Promete alabar con sus divinos labios nuestras limosnas, y recompensarlas como actos de la más exquisita generosidad, cuando, con relación á Dios, no habrán sido más que actos de estricta justicia y equidad. *Laudavit Dominus villicum iniquitatis*. Nos presenta, al terminar la vida, la hermosa perspectiva de los pobres socorridos por nosotros, que nos salen al encuentro en el momento de nuestra muerte, para acompañarnos é introducirnos en las mansiones eternas: *Ut recipiant vos in aeterna tabernacula*.

Mas tal vez diréis: si los pobres no van al cielo, si no nos preceden en el camino de la eternidad, ¿cómo puede explicarse que nos salgan al encuentro en el momento de la muerte (3)? Tranquilizáos, porque Jesucristo ha declarado que todo lo que damos á los pobres, se lo damos á Él mismo. En efecto; siendo Jesucristo, como Hijo de Dios, infinitamente rico, se hizo pobre por nosotros, y, como hijo del hombre, vivió y murió pobre. Ahora que se encuentra en el cielo, no por eso deja de conti-

(1) Quia sunt illecebrae peccatorum. (*Eusebio de Emesa.*)
 (2) Mammona mundo tyrannico furore dominatur. (*San Pedro Crisólogo.*)
 (3) Quomodo recipient pauperes benefactores suos? (*San Pedro Crisólogo.*)

nuar siendo pobre, y de vivir pobre sobre la tierra en la persona de los pobres, por quienes declara que se halla representado; por manera que las súplicas y oraciones de los pobres son las suyas; las lágrimas de los pobres son sus lágrimas; los sufrimientos de los pobres son sus sufrimientos; es, pues, el mismo, y en él los ángeles y los Santos á quienes hacemos propicios y amigos socorriendo á los pobres. Así, del mismo modo que el pobre representó á Jesucristo en la tierra, Jesucristo representa al pobre en el cielo. Por consiguiente, á falta del pobre que hayáis socorrido, Jesucristo y sus Santos estarán siempre pronto á recibirnos en el umbral de la eternidad (1).

Los ricos caritativos, pero que olvidan los demás preceptos, ¿podrán salvarse por ventura, sin arrepentirse, sin hacer penitencia, y sin completa observancia de toda la ley? Indudablemente no, hermanos míos; pero tal es la bondad de Dios, tal es á sus ojos el mérito de la caridad, que los actos de esa virtud obtendrán seguramente el tiempo, la gracia y el espíritu de la verdadera penitencia á los más grandes pecadores. Esto no lo inventamos ni lo decimos nosotros. La Sagrada Escritura nos revela el poder de la limosna. Nosotros podemos, en efecto, según la misma Escritura, representar á la caridad como una tierna madre que encubre y oculta con su manto todas las miserias del alma, por decirlo así, para que no las perciba la vista de la justicia (2). La limosna, según la Escritura, es una especie de redención que descarga al hombre de todas las consecuencias del pecado (3). La limosna es el ángel taumaturgo que nos

(1) Recipit vice illorum: quia quod pauperibus datur in terra, ab ipso recipitur in caelo. (*San Pedro Crisólogo.*)

(2) Caritas operit multitudinem peccatorum. (*I. Petr.*, iv, 8.)

(3) Peccata tua eleemosynis redime. (*Dan.*, iv, 14.)

arranca á la muerte eterna, y es para nosotros la garantía segura de la misericordia divina (1).

Así, dice San Gregorio, esos pobres que encontramos y nos importunan con sus ruegos y nos contristan con el espectáculo de sus harapos y de sus enfermedades, esos pobres, en el día, escorias del mundo, son á los ojos de la fe unos seres privilegiados. Hoy nos piden ayuda y socorro, y algún día serán nuestros patronos é intercesores, si lo deseamos (2). Sí, esos pobres pueden prometer con la certidumbre de alcanzar más de lo que piden, porque obtienen para sus bienhechores más de lo que de ellos reciben. Acá abajo, reciben el alivio del cuerpo y nos alcanzan en el cielo la salvación del alma: nos piden algunas monedas para el tiempo, y nos proporcionan las riquezas del paraíso para la eternidad. Mirad si es posible rehusar, cuando los que nos presentan su petición han de llegar á ser para nosotros tan poderosos intercesores (3).

Pero hay además en la parábola una circunstancia que todavía no he explicado, y que merece fijar toda nuestra atención. Y es la de que después de habernos hablado de la habilidad del mayordomo infiel, y después de decirnos cómo supo ingeniarse para proporcionarse recursos para el porvenir, á expensas de su amo Jesucristo, con el tono de una santa tristeza y el acento de un divino dolor, exclama al concluir: «¡Ay!... los hijos del siglo, en medio de su generación, son más previsores y más hábiles que los hijos de la luz» (4).

(1) Eleemosyna à morte liberat et facit invenire misericordiam.

(2) Ecce importunè esse pauperes offerunt, rogant nos qui pro nobis intercessores venient. (*San Gregorio.*)

(3) Patronis potiùs in æterna tabernacula nos recepturis quam egenis dona largimur. Videte si negare possumus, quando patroni sunt qui petunt. (*Ibidem.*)

(4) Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt. (*San Lucas, xvi.*)

Eso es, en efecto, lo que se ve con demasiada frecuencia, y no se deplorará bastante en el seno de las poblaciones católicas. ¡Ay, si se hiciese para salvarse solamente la centésima parte de lo que se hace para perderse!... ¡No hay género de sacrificio á que no se suscriba para asegurarse los bienes del tiempo, y se retrocede ante todo sacrificio, ante todo esfuerzo, cuando se trata de los bienes de la eternidad!...

Observad con qué exactitud Jesucristo divide aquí al género humano entero, como en dos familias, en dos naciones. Mientras que á los ojos del mundo hay en el género humano infinitas variedades de razas de familias, de castas, de dinastías y de condiciones diversas, Jesucristo, midiendo con su divina mirada todas las generaciones y todas las variedades de condiciones, las clasifica todas en dos grupos ó divisiones: los hijos de las tinieblas, y los hijos de la luz: de una parte los que, según el Evangelio, han nacido de la carne, han nacido del demonio (1), y de otra los que han nacido de Dios (2), ó, si se quiere, los hijos del siglo presente y los hijos del siglo futuro.

¿Queréis saber ahora, con respecto al asunto que nos ocupa, cuál es esa ilustre generación, esa noble familia de los hijos de Dios? Son esos ricos que veis en medio de vosotros, tan nobles por su corazón como por su nacimiento, tan ilustres por su piedad como por su nombre, que no encuentran otra ventaja en las riquezas que la de poder hacer felices á los desgraciados; que se creen más afortunados en dar que los pobres en recibir; que jamás se invoca en vano su asistencia y su auxilio, y cuya inagotable generosidad sostiene y hace prosperar

(1) Vos ex patre diabolo estis. (*San Juan, viii, 44.*)

(2) Ex Deo nati sunt. (*Ibid.*, 1.)

tantas obras de caridad y de religión en el seno de las ciudades cristianas.

Son esas heroicas Hijas de la Caridad; esas admirables Hermanas de la misericordia, en quienes, viviendo siempre el espíritu de San Vicente de Paul, realiza siempre nuevos prodigios de abnegación, y que verdaderas glorias de su país, hacen por todas partes del globo, amar, bendecir y respetar la Religión católica.

Son todos esos corazones generosos, todas esas naturalezas excelentes, que contáis en tan gran número entre vuestros conciudadanos de todas las edades, sexos y condiciones, para quienes es una delicia y hasta una necesidad imperiosa el hacer bien: que se encuentran verdaderamente ávidos de buscar famélicos que saciar, miserables casi desnudos que vestir, viudas y huérfanos que preservar de la desesperación ó de la seducción; que no esperan que se les busque, sino que espontáneamente procuran descubrir miserias encubiertas y familias doblemente desgraciadas, porque se ruborizan de parecerlo.

Son también esas personas virtuosas que, aunque desprovistas de bienes de fortuna, encuentran medios para ser bienhechoras á su manera; que sienten ser pobres únicamente porque, según sus deseos, no pueden socorrer á los pobres, pero por su resignación ejemplar, por sus consejos y por mil servicios ingeniosamente prestados encuentran medios de ejercer una caridad fecunda y preciosa en la Iglesia de Jesucristo.

¡Cuán bello es ver á todos esos ángeles de la misericordia, á todos esos ministros visibles de la invisible Providencia de Dios, esparcirse por los diversos cuarteles de la ciudad, explorar las tristezas más recónditas, hacer comprender á ciertos desgraciados que hay otros sumidos en otra miseria todavía más grande que la que les hacía prorrumpir en sus primeras quejas, hacerles desear

una curación más difícil y más apetecible que la de su cuerpo, consumido por la enfermedad, y hacer que por todas partes sea bendecida la Religión que alivia tantos males!...

Sí; hé ahí los cristianos que forman la verdadera generación, la verdadera familia de los hijos de Dios, precisamente porque no buscan más que á Dios, y sólo ven á Dios en la persona del pobre y en todas sus santas empresas. El Profeta los veía en espíritu cuando exclamaba: «Aquí está la generación de los que buscan al Señor, que buscan el rostro del Dios de Jacob» (1).

Generación verdaderamente feliz y amada del cielo, porque Dios está en ella y con ella. «El Señor, dice además el Profeta, está en la generación santa» (2). Sí, almas caritativas, Dios está con vosotras para velar, proteger y bendecir vuestras personas, vuestras familias y vuestros bienes (3). Algunas veces el mundo podrá insultar vuestra virtud y vuestra caridad, como hacía la mujer de Tobías cuando todavía no comprendía nada de las pruebas del justo. Pero todos esos desprecios son pasajeros, y la recompensa de la virtud será eterna. Pues bien; hasta que llegemos á obtener la felicidad de la eternidad, Dios realiza con bastante frecuencia, aun acá-abajo, la prosperidad de las familias caritativas para confundir á los detractores de la Providencia y de la virtud (4).

¿Queremos ahora saber cual es esa generación de los hijos de Satanás, que se cree tan hábil, que se conceptúa la única sabia é ilustrada en la elección de la verdadera felicidad? Son esos ricos incrédulos cuya insaciable avaricia, según San Agustín, huella con sus piés, con

(1) Hæc est generatio quærentium Dominum, quærentium faciem Dei Jacob. (*Salmo xxiii, 6.*)

(2) Dominus in generatione justa est. (*Salmo xlii, 6.*)

(3) Generatio rectorum benedicetur. (*Salmo cxi, 2.*)

(4) Gloria et divitiæ in domo ejus. Justitia que manet in sæculum sæculi. (*Salmo cxi, 3.*)

igual insolencia el temor de Dios y el respeto del hombre (1). Son esos hombres con alma de animal inmundo (2), según la expresión de San Basilio, los cuales, á imitación del rico malo del Evangelio, sólo se sirven de las riquezas para sumirse en todos los placeres del lujo y del deleite. Son esos ídolos dorados, alternativamente incensados y envidiados del mundo, y que al mismo tiempo encubren con bordados trajes, con un barniz de cultura y con maneras distinguidas, un alma ignorante y un natural detestable.

Son esos ricos, egoistas á la par que vanidosos, voluptuosos y crueles, ambiciosos y avaros, sin corazón y con alma de hierro, que no solamente no dan jamás nada á los pobres, sino que, no creyéndose bastante seguros con la dureza de su natural, se fortifican contra todas las sorpresas de la sensibilidad, y toman toda especie de precauciones para que el pobre no se aproxime á su puerta y los lamentos de la desgracia no lleguen á sus oídos, ni el espectáculo de la miseria se presente ante su vista.

Esos egoistas, hipócritas, para justificarse de prodigar á los perros y á los caballos lo que rehusan á las primeras necesidades del hombre, tratan á los pobres de bribones y haraganes, como si no fuese bastante despreciar, abandonándolos, el carácter sagrado que Jesucristo ha impreso en los pobres; como si no fuese bastante privarlos de los beneficios preparados para ellos en el plan de la Providencia, sin recurrir también, por un doble sacrilegio, después de haberlos desamparado, á calumniarlos y cubrirlos de oprobio.

¡Cuán infame y maldita es á los ojos de Dios esa ge-

(1) *Insatiabilis avaritia nec Deum timet nec homines veretur. (San Agustín.)*

(2) *Porcinam habentes animam. (San Basilio.)*

neración malvada y adúltera!... (1). No emprenderé decirlo hoy; y aun cuando tratase de hacerlo, ninguna expresión, ninguna imagen sería suficiente para ello. Una sola palabra bastará para desenmascararlos y condenarlos como merecen, y esa palabra será pronunciada por el Juez Supremo en el último día del mundo: «¡Alejaos de mí!...»

No os haré la injuria de preguntaros ahora á cuál de esas dos generaciones queréis pertenecer. Sería, en efecto, insultar á un tiempo mismo vuestro patriotismo y vuestra fe, el preguntaros si queréis cerrar vuestro corazón y vuestros oídos á la voz de la desgracia y á las súplicas de la miseria y el sufrimiento. Como cristianos no habréis olvidado que la compasión de la miseria es la primera ley del cristianismo y uno de los caracteres propios de una nación católica.

No, no temo haber podido comprometer hoy la causa que trato de defender ante este auditorio. Porque en último resultado un extranjero poco ejercitado en vuestra lengua, y que no se lisonjea de gozar ningún crédito ni ejercer autoridad entre vosotros, no puede perjudicar al triunfo de tan noble causa. En efecto; no soy yo, es el mismo Jesucristo el que os convida á granjearos protectores y amigos con las riquezas siempre manchadas de injusticia. No soy yo, es el mismo Jesucristo el que os exhorta á purificar vuestros dones, haciéndolos pasar por las manos puras y virginales de las heróicas Hijas de San Vicente de Paul. Sí, la colecta será abundante y magnífica, y corresponderá á las necesidades que debe socorrer obra tan excelente: ella justificará la idea que tengo formada de los sentimientos de esta noble población, porque al entrar en ella por la vez primera, ví elevarse majestuosamente el santuario de la caridad al lado de los her-

(1) *Generatio mala et adultera. (San Mateo, xii, 39.)*

mosos establecimientos de la ciencia, como para engrandecerlos y coronarlos.

¡Oh Montpellier, ciudad tan sabia y tan católica, cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi corazón!... ¡Sí, siempre subsistirás y prosperarás!... No tendrás que temer la suerte de tantas poderosas y antiguas ciudades que el egoísmo y la avaricia de sus habitantes, mucho más aún que el hierro de sus enemigos, precipitaron de su grandeza y redujeron á una eterna desolación. Prosperarás siempre, porque has sido y serás siempre una de las ciudades más cultas y más caritativas de la Europa católica! Sucede ciertamente con las ciudades lo que con las casas particulares: la gloria y las riquezas están como vinculadas en ellas: los azotes de toda especie no se atreven á acercarse á su recinto mientras la fe católica es su baluarte, Dios su defensor, y las obras de caridad sus vigilantes centinelas avanzados. Jámás será revocado el oráculo santo: «El que da al pobre, no conocerá la indigencia (1).» No, no conocerá la indigencia de la palabra de Dios y de la doctrina cristiana, la más terrible de todas las escaseces (2). No conocerá la indigencia de los sentimientos afectuosos que no pueden comprarse sino con el oro depositado en el seno de los pobres. Sobre todo, no conocerá esa indigencia absoluta de méritos, que será tan terrible para los que comparezcan vacíos de buenas obras á los piés del Soberano Juez. No conocerá esa indigencia de apoyo y de consuelo en el Tribunal Supremo, suerte reservada á los que jamás hayan querido apoyar, aliviar ni consolar á sus semejantes.

No, no, habitantes de Montpellier, vosotros no conoceréis ninguna de esas indigencias, porque en los días de abundancia y de prosperidad habréis sabido prever los

(1) Qui dat pauperi non indigebit. (*San Mateo*, xviii, 27.)

(2) Famem audiendi verbum Dei. (*Amós*, viii, 11.)

días malos (1). Más sabios aún que los que leyendo en el porvenir encuentran en hábiles combinaciones los medios de preservar contra todo acontecimiento sus fortunas temporales, habréis encontrado en asociaciones caritativas las verdaderas compañías de seguros. Habréis conocido esa usura que se ejerce hasta con el mismo Dios cuando se da con largueza á los pobres (2). Y Dios en el tiempo os devolverá, en cambio de un oro expuesto á enmohecerse, el oro purísimo de su gracia y de la santidad. Y mientras os da con profusión en la eternidad las únicas riquezas incommutables, las únicas riquezas que no son un instrumento y un medio, sino el término de todos los deseos y de todos los votos; esas riquezas son los pobres, en otro tiempo banqueros de Jesucristo sobre la tierra, que, convertidos en custodios y plenipotenciarios de Jesucristo en la puerta de los cielos, os pondrán para siempre en posesión de ellos. Así sea.

(1) Non timebit domui suæ à frigoribus nivis. (*Prov.*, xxxi, 21.)

(2) Fœneratur Domino qui miseretur pauperis. (*Ibid.*, xix, 17.)